

MARINOS FUSILADOS EN TIEMPOS DE LA REVOLUCIÓN RIOPLATENSE

Carlos PESADO RICCARDI
Licenciado en Historia

Introducción

Decir, como solemos hacerlo, que la Real Armada Española fue una de las principales reservas morales, y una fuerza defensiva de la monarquía católica, en los tiempos convulsionados rioplatenses de inicios del siglo XIX, implica la lógica exigencia de apoyar nuestra afirmación con argumentos y testimonios que la conviertan en válida y coherente. Sinceramente, en este caso la tarea resulta sencilla; sólo debe conocerse y analizarse el proceso revolucionario y el papel desempeñado por los marinos que conforman la institución que mencionamos para confirmar que nuestra afirmación no resulta antojadiza ni exagerada. Desde un inicio, la principal oposición a cualquier tipo de cambio político que atentara contra los derechos de S.M. tuvo su epicentro en el apostadero naval de Montevideo, bajo las órdenes del comandante José María de Salazar, y de la mano de eficientes marinos como Jacinto Romarate y Miguel Ángel Michelena. Oficiales de la Armada fueron los que lideraron y participaron en la primera etapa de la conocida como «contrarrevolución».

Nuestra intención es dar a conocer, someramente, las acciones de aquellos jefes que generaron importantes focos de oposición a los vientos de reforma que asomaban, con la particularidad de que, luego de ser vencidos, fueron pasados por las armas, siendo sus muertes un castigo ejemplar utilizado por la Junta de Buenos Aires para aquellos que quisieron atentar contra la «causa de los patriotas». Hoy, aquellos fusilamientos se presentan como testimonios y ejemplos que apoyan la afirmación que mencionamos anteriormente.

El antiguo virrey y jefe de escuadra Santiago de Liniers y Bremond, el brigadier Juan Gutiérrez de la Concha y el capitán de fragata José de Córdova y Rojas tuvieron principal protagonismo, luego de iniciado el pronunciamiento en Buenos Aires, y representaron una auténtica amenaza para los fines revolucionarios en la génesis de su expansión; de esto que resulte comprensible su sacrificio en tiempos donde la ruptura se intuyó como total y donde no primó, en ninguno de los bandos, la misericordia ni la compasión hacia los jefes derrotados.

Han pasado doscientos años desde el proceso iniciado en mayo de 1810, alba histórica de muchos países que pronto celebrarán el bicentenario de sus respectivas independencias. Fue el comienzo de la autonomía de gobierno en el Río de la Plata; pero también lo pensamos y reconocemos a partir de estos sacrificios, de aquellas ejecuciones que marcaron un antes y un después en la

lucha por modificar el antiguo *statu quo* de la región. Es la historia del combate entre hermanos, de las rupturas familiares, del sacrificio de los héroes del ayer en pro de las naciones del mañana. Es por ello por lo que creemos importante resaltar algunos aspectos sobre la vida de aquellos «realistas», los motivos de sus acciones y sus sacrificios.

Vidas al servicio de la Real Armada

Santiago de Liniers (1) y Juan Gutiérrez de la Concha (2) fueron compañeros en la Academia de Guardias Marinas de Cádiz, donde sentaron plaza en 1775, compartiendo luego algunos de los destinos como oficiales de la Armada.



Santiago de Liniers y Bremond. Anónimo del siglo XIX, Museo Naval de Madrid.



Juan Gutiérrez de la Concha y Mazón. Anónimo del siglo XIX, Museo Naval de Madrid.

(1) La bibliografía más representativa sobre la vida y carrera militar de este marino es la de GROUSSAC, Paul: *Santiago de Liniers*. Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1999, 450 pp., y LOZIER ALMAZÁN, Bernardo: *Liniers y su tiempo*. Emecé editores, Buenos Aires, 1990, 300 pp. Su expediente militar se encuentra en el Archivo General de Marina Don Álvaro Bazán (en adelante AGM), Cuerpo General, leg. 620/623. Algunos artículos de interés que también tratan de su vida y servicio son los de DESTÉFANI, Laurio: «La destacada carrera naval del jefe de escuadra don Santiago de Liniers», en *Boletín del Centro Naval*, vol. 81, núm. 657, octubre-diciembre, Buenos Aires, 1963, p. 466; MARTÍNEZ VALVERDE, Carlos: «Santiago de Liniers en el Río de la Plata», en *Revista de Historia Militar*, núm. 52, Madrid, 1982, pp. 7-46, y GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Marcelino: «Liniers, jefe de escuadra, virrey del Río de la Plata y mártir de su deber», en *Revista General de Marina*, agosto-septiembre, t. 257, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009, pp. 323-334.

(2) Su hoja de servicios se ubica en el AGM, Cuerpo General, leg. 620/537. Para profundizar sus aspectos biográficos, véase PESADO RICCARDI, Carlos: *Gutiérrez de la Concha*,

El primero, de origen francés, nació en Niort el 25 de julio de 1753, y cuando llegó a España ya tenía cierto bagaje militar, dado que desde pequeño se inició en la carrera castrense, como su padre y su abuelo. Ingresó a los doce años en la Orden de Malta como paje del Gran Maestre, y obtuvo allí la Cruz de Caballero, retirándose con permiso en 1768. Se incorporó posteriormente en Francia, como subteniente, al Regimiento de Caballería Real Piamonte, que en 1774 tuvo asiento en la ciudad de Carcassone. Quizá por la poca acción vivida, u otro tipo de anhelos, fue por lo que se incorporó voluntariamente como oficial aventurero, el 6 de mayo de 1775, en la escuadra reunida en Cartagena para la campaña contra los moros argelinos, siendo sus primeras experiencias como oficial de Marina sirviendo como edecán del príncipe de Rohan.

Los antecedentes familiares de Gutiérrez de la Concha (3) no tuvieron la sangre noble de los Liniers, pero reunían por ambas ramas un pasado y un presente de hijosdalgo, condición necesaria y fundamental para que aquel pudiese ingresar a la Real Armada. Nació el 3 de octubre de 1760 en Esles, un pequeño pueblo de las montañas de Santander, y antes de cumplir los quince años, huérfano de madre, abandonó su pueblo y niñez, cruzando de norte a sur la Península para incorporarse a la Academia de Guardias Marinas de Cádiz.

Ambos se integraron en la escuadra del marqués de Casa-Tilly, en la expedición de Pedro de Ceballos al Brasil contra los portugueses en 1776, Liniers a bordo del bergantín *Hoop* y Gutiérrez de la Concha en el navío *San José*, participando en todas las acciones alrededor de la isla de Santa Catalina, así como en la nueva conquista de Colonia de Sacramento.

Posteriormente, sus carreras transcurrieron en embarcaciones y destinos diferentes. El marino cántabro participó tanto en la primera campaña del canal de la Mancha, bajo las órdenes del recordado Luis de Córdoba, como en las expediciones contra Pensacola de 1780 y 1781. Igualmente, su más destacada intervención, siendo oficial subalterno, fue en la plaza de Argel, inolvidable asalto español dirigido por el ponderado teniente general Antonio Barceló. Allí combatió, en los nueve ataques que tuvieron lugar contra la plaza, mandando un bote de auxilio y fue recomendado por «ser un oficial bizarro y entendido» (4).

Una vida para el Rey. Ministerio de Defensa, Madrid 2007, 205 pp., y del mismo autor, «El Brigadier Juan Antonio Gutiérrez de la Concha en la Marina ilustrada española del siglo XVIII», en BRAVO, Javier (Coord.): *Aportaciones a la historiografía del mundo hispánico*. Fundación Mapfre-Tavera, Madrid, 2005, pp. 241-254; «Juan Gutiérrez de la Concha» en MARCO, Miguel Ángel de; MARTIRÉ, Eduardo (coors.): *Revolución en el Plata. Protagonistas de mayo de 1810*. Academia Nacional de la Historia de Argentina, Buenos Aires, 2010, pp. 239-246. Un estudio comparativo de la vida de los dos marinos se puede encontrar en PESADO PALMIERI, Carlos, y PESADO RICCARDI, Carlos: «Santiago de Liniers y Juan Gutiérrez de la Concha: Vidas paralelas de dos protagonistas virreinales rioplatenses», presentado en el I Congreso de Historia Virreinal del Río de la Plata (1776-1810), organizado por el Instituto Histórico Santiago de Liniers, Salta (Argentina), 2008. Publicado en CD-ROM.

(3) Aquellos interesados en su genealogía familiar pueden analizar la «Probanza de Guardiamarina de Concha» en el Archivo del Museo Naval, Madrid (en adelante AMN), expediente 1401.

(4) PAVÍA, Francisco de Paula: *Galería biográfica de los generales de Marina, jefes y personajes notables que figuraron en la corporación desde 1768*. Madrid, 1873, p. 131.

Destinado luego a los cursos superiores, profundizó sus estudios en matemáticas y astronomía, distinguiéndose en los certámenes organizados en el Departamento de Cartagena. Tuvo un lado ilustrado muy destacado, fruto de aquella Marina española que velaba tanto por las ciencias como por la profesión militar. Comulgaron en él, vivamente, la vocación castrense, como hombre de armas y de acción, y su interés por la ciencia, como hombre ilustrado.

Su prestigio como científico le hizo un lugar en la expedición de Malaspina y Bustamante y Guerra, a bordo de la corbeta *Atrevida*. Siempre decimos que la travesía que realizaron estos hombres, desde 1789 hasta 1794, fue una odisea increíble (5), ubicándose en los pedestales más elevados de las expediciones científicas de la historia de España. Gutiérrez de la Concha pudo demostrar en dicha comisión todas sus condiciones como astrónomo e hidrógrafo, además de realizar descripciones antropológicas muy interesantes, logrando numerosos elogios y recomendaciones de sus jefes.

Finalizada la expedición, fue asignado al golfo de San Jorge para efectuar el relevo entre 1794 y 1795. Allí realizó los trabajos hidrográficos pertinentes, además de levantar planos de todos los accidentes geográficos. Ascendido a capitán de fragata y con su salud deteriorada por los años de navegación, solicitó que se le destinara a la división de límites del Paraguay con la Corona de Portugal (6). Aceptada su solicitud, se le nombró, el 9 de septiembre de 1795, comisario de la Cuarta Partida de Límites, subordinado al bien recordado Félix de Azara. Regresó durante un breve período de tiempo a España en 1802, pero luego fue asignado nuevamente al Río de la Plata, a una comisión relativa a la Compañía Marítima de Pesca, con asiento en la región austral.

Santiago de Liniers, por su parte, llegó a tener como oficial subalterno tres ascensos por méritos de guerra en menos de quince meses. Por su destacada participación en el sitio de Mahón y en la conquista de Menorca, durante 1781, fue ascendido a teniente de navío merced a su demostración de coraje y bravura. No fue menos resaltable su gallardía durante el sitio de Gibraltar de 1782, en la batería flotante *Talla Piedra*, cuando se salvó a nado luego de que desapareciera su batería después de diecisiete horas bajo fuego.

Como comandante del bergantín *Fincastle*, su actuación en la toma, el 13 de octubre de 1782, de un bergantín inglés enemigo, de 22 cañones, a la vista

(5) Los numerosos planos y cartas náuticas levantadas, los derroteros navegados, las descripciones de lugares y pueblos visitados (verdaderos trabajos antropológicos), las mediciones astronómicas tomadas fueron algunas muestras que confirman nuestras afirmaciones, todo en medio de gran cantidad de problemas que perturbaron la expedición, principalmente la falta de marinería a causa de las contantes deserciones.

(6) AGM, Cuerpo General, «Expediente de Juan Gutiérrez de la Concha» (leg. 620-537). Misivas de Gutiérrez de la Concha al ministro de Marina Antonio Valdés. Montevideo, 16 de junio y 10 de septiembre de 1794. Uno de los que apoyó su petición fue el propio virrey Arredondo, quien confirmó, por carta, al ministro el decadente estado de salud del marino, calificándolo de digno oficial, con el talento, juicio, instrucción y discreción necesarias para una comisión de esa clase. (AGM, Cuerpo General, «Expediente de Juan Gutiérrez de la Concha», leg. 620-537. Carta de Arredondo al ministro Valdés. Buenos Aires, 23 de octubre de 1794).

de toda la escuadra inglesa, lo enaltecíó, lo que le valió la promoción a capitán de fragata.

Firmada la paz entre España e Inglaterra, continuó acumulando experiencias bélicas en la campaña de Barceló contra las regencias berberiscas. Fue enviado luego en misión diplomática ante los preliminares del tratado y logró la buena voluntad del rey de Trípoli para liberar a varios cautivos europeos.

Luego, su carrera militar pasó a tener poca trascendencia, por la falta de oportunidades para seguir demostrando su valía y por la ausencia de gracias reales. Destinado al apostadero naval de Montevideo desde 1788, Liniers fue designado segundo comandante de las fuerzas navales españolas de estación en el virreinato del Río de la Plata. Quizá el único favor recibido fue el dado por el virrey Del Pino, que le nombró gobernador interino de Misiones.

Siendo virrey del Río de la Plata Rafael de Sobremonte, se le encomendó a Liniers armar una división de lanchas cañoneras en Buenos Aires, y luego fue nombrado comandante del apostadero. Posteriormente, cuando la escuadra inglesa conquistó la colonia holandesa del Cabo, a inicios de 1806, y amenazaba con una futura intervención sobre la América meridional, se le encargó la defensa de la ensenada de Barragán, lugar posible y probable del desembarco británico. Tres años antes, a finales de 1803, ya había regresado Concha desde España, y también fue designado, en su momento, comandante general de mar y tierra del apostadero naval de la ensenada de Barragán.

Si bien el oficial José de Córdova y Rojas (7) fue un marino más moderno que Liniers y Concha, observaremos cómo estuvo relacionado con ellos por las circunstancias que les tocó vivir en el Río de la Plata a comienzos del siglo XIX. Nació en la villa de la Real Isla de León el 5 de abril de 1774, hijo del teniente general de la Real Armada José de Córdova y Ramos —aquel que fuera vencido en el combate naval de San Vicente en 1797— y de María Julia de Roxas Espinosa y Blanqueto, natural de la ciudad de Cádiz. Su educación fue acorde al noble linaje al que pertenecía, y a los diez años se le armó caballero de la Real Maestranza de Sevilla, como descendiente de los primeros fundadores de ella.

(7) Para conocer la vida y acción de este oficial, véase PAVÍA, Francisco de Paula: *op. cit.*, t. I, pp. 373-376; su «Probanza de Guardiamarina», en AMN, expediente 1836; y la tradicional obra de VÁLGOMA, Dalmiro de la: *Real Compañía de Guardia Marinas y Colegio Naval. Catálogo de pruebas de caballeros aspirantes*. Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1945. Resultan de interés los aportes de YABEN, Jacinto: *Biografías argentinas y sudamericanas*, tomo III. Ediciones Históricas Argentinas, Buenos Aires, 1953, pp. 400-401. Los últimos trabajos al respecto, que enfocan su vida y su participación en los momentos de la contrarrevolución, son los del historiador argentino PESADO PALMIERI, Carlos: «El capitán de fragata José de Córdova y Rojas en la revolución rioplatense», en *Revista General de Marina*, agosto-septiembre, t. 257. Ministerio de Defensa, Madrid, 2009, pp. 349-364; y el presentado por PESADO PALMIERI, Carlos, y PESADO RICCARDI: «Vida y sino trágico de José de Córdova y Rojas. De Buenos Aires a Potosí. Cartas a su esposa (1809 y 1810)», en el Congreso Extraordinario Internacional «Vísperas de Mayo». Academia Nacional de la Historia, Córdoba, agosto de 2008 (en prensa).

Ingresó en la Real Armada con tan solo trece años, edad menor a la permitida, gracias a una dispensa que se le otorgó (8). La academia elegida, al igual que en los casos de Concha y Liniers, fue la Real Compañía de Cádiz, donde sentó plaza de guardiamarina en 1787.



Retratos anónimos de José de Córdova y Rojas, primero como guardiamarina y luego como capitán de fragata. Museo Naval de Madrid.

Como todo oficial subalterno, en los inicios de su carrera fue integrando distintas dotaciones, buques y escuadras, sumando experiencia y millas navegadas, siendo subordinado de numerosos jefes de aquella Marina ilustrada cuyos pilares principales y rectores eran el honor, el valor y la lealtad (9).

Como antecedentes militares y comisiones podemos mencionar su viaje a la América septentrional en el navío *Asia*, entre 1794 y 1795, y su actuación como teniente de fragata en el combate naval de San Vicente, donde fue derrotada la escuadra española del Océano, mandada por su padre, frente a los ingleses. Allí estuvo al mando del bergantín *Vigilante*, de 12 cañones. Luego, en la urca *Polonia*, salió el 31 de marzo de 1802 hacia La Habana y en noviembre transbordó a la fragata *Astrea*. En ella, el 25 de septiembre de 1803, partió de Cádiz hacia Montevideo, junto a Gutiérrez de la Concha y

(8) AMN, exp. 1836, «Probanza de Guardiamarina de José de Córdova y Rojas», copia de constancia de bautismo. Manuscrito 2141, «Dispensa de edad para el ingreso en la Academia de Cádiz».

(9) PESADO PALMIERI, Carlos: *op. cit.*, p. 350.

Pascual Ruiz Huidobro, donde se le asignó el mando de la goleta *Paz*, con la cual se dedicó a prevenir y castigar el contrabando.

Gloria en el Río de la Plata

Nuestros marinos tuvieron su época más gloriosa cuando participaron en las victorias de 1806 y 1807 frente a los británicos, ante el intento de estos por conquistar el Río de la Plata, objetivo que hubiese supuesto la llave hacia una expansión mayor: la conquista de las posesiones españolas en el sur de América (10).

No cabe duda de que el papel más determinante por liderazgo, conocimiento y acción lo jugó Liniers (11), y por eso ocupa un lugar preferente en la historia argentina como aquel que supo ser el primer líder popular, personaje generalmente querido y admirado, organizador de milicias, el gran reconquistador y defensor de Buenos Aires.

Se salvó el Río de la Plata para España gracias a la participación de muchísimos voluntarios urbanos que poco conocían de disciplina militar. Aquí radicó una de las grandes virtudes del marino español de origen francés: haber podido encauzar toda la energía y entusiasmo general, haberlos motivado, pero marcándoles pautas y principios.

Rendido Beresford en 1806, Liniers se puso en campaña para organizar, en algunos meses, los distintos cuerpos que tomarían parte en la defensa del año siguiente contra las tropas de Whitelocke.

La labor llevada a cabo, entre el período que va desde la denominada «reconquista» hasta lo que se conoce como la «segunda invasión», es la más digna de destacar. La organización militar que realizó Liniers, origen del actual ejército argentino, transformó para siempre al pueblo de Buenos Aires, demostrando una eficacia organizativa majestuosa pocas veces vista. Esa militarización, hecha en pocos meses, reveló la inteligencia profesional y el genio militar del líder. Constituyó una fuerza de más de 8.000 hombres; se creó la maestranza; se organizaron fábricas de municiones y espadas; se construyeron baterías para fortalecer lugares estratégicos y otros puntos de posible desembarco; se habilitaron cuadras para la caballería y la artillería, y se trajeron quintales de pólvora de Chile y Perú, entre otras muchas cosas. Pero lo más

(10) Se ha escrito mucho sobre las invasiones británicas al Plata, pero las obras más destacadas siguen siendo las de ROBERTS: *Las invasiones inglesas del Río de la Plata (1806 y 1807) y la influencia inglesa en la independencia y organización de las provincias del Río de la Plata*. Talleres Gráficos Jacobo Peuser, Buenos Aires, 1938, 458 pp., y BEVERINA, Juan: *Las Invasiones inglesas al Río de la Plata. 1806 y 1807*. Biblioteca del Oficial del Círculo Militar, Editorial Luis Bernard, Buenos Aires, 1939.

(11) Véase un estudio sobre el liderazgo militar de Santiago de Liniers en PESADO RICCARDI, Carlos: «El liderazgo de Santiago de Liniers y las operaciones anfíbias británicas al Río de la Plata, 1806 y 1807», en GUIMERÁ, Agustín, y BLANCO NÚÑEZ, José María (coords.): *Guerra Naval en la Revolución y el Imperio. Bloqueos y operaciones anfíbias, 1793-1815*. Marcial Pons Historia, Madrid, 2008, pp. 301-317.

importante fue que movilizó al pueblo de Buenos Aires para organizarse y levantar sus propias milicias ante un segundo ataque inminente, lo motivó para el sacrificio y lo orientó hacia la subordinación y la disciplina militar (12).

Por sus acciones, fue nombrado, primero, comandante de armas, y luego, virrey interino del Río de la Plata (13) por ser el oficial de mayor graduación, dado que Pascual Ruiz Huidobro, gobernador del apostadero naval, se encontraba prisionero en Inglaterra tras la caída de Montevideo. Liniers ascendió a brigadier luego de la primera invasión, y a jefe de escuadra por la defensa de Buenos Aires en 1807.

Pero es importante remarcar que, en sus logros, estuvo siempre rodeado de buenos oficiales, como él mismo solía decir en sus recomendaciones. Algunos de ellos fueron, precisamente, Juan Gutiérrez de la Concha y José de Córdova y Rojas.

Durante la reconquista de la capital virreinal, ambos jugaron un papel destacado, tanto en los planes de recuperación como en las acciones posteriores. Junto a otros oficiales de la Armada, propuso, en Montevideo, al gobernador Ruiz Huidobro un plan para retomar Buenos Aires; sin embargo, por una carta de Córdova a su madre, es este quien se adjudica ser el autor intelectual del plan militar, diciendo: «... fue no sólo mío en todas sus partes, y promovido por mi con la mayor energia si no que me indispu-se p.^r el utimo papel quando trataron de variar la expedición con el Sr. Ruiz ...» (14).

Gutiérrez de la Concha, por su antigüedad, desempeñó el cargo de segundo comandante de la expedición militar y jefe de la escuadrilla naval que tuvo que cruzar a la tropa por el Río de la Plata desde Montevideo. Una vez desembarcada, se puso al frente de los marinos. Durante el avance se produjeron varios combates, algunos de ellos encarnizados, que permitieron a los reconquistadores tomar puntos clave como fue la plaza del Retiro, lugar donde se encontraban los depósitos de artillería. Concha custodió aquella plaza hasta que le fue indicado que debía avanzar, acción que realizó con celeridad, sin caballos ni carruajes para conducir la artillería, sólo con los esfuerzos de paisanos y muchachos (15).

Una vez rendido Beresford, son nuevamente nuestros tres marinos los que aparecieron en escena: el comandante británico abandonó la fortaleza acompañada por Córdova y Rojas, Hilarión de la Quintana y Mordeille, y luego fue

(12) *Ibidem*, pp. 313 y 314.

(13) Esto fue consecuencia de la suspensión en el cargo, en la Junta General del 10 de febrero de 1807, del virrey Sobremonte, a quien no se le perdonaron sus malas decisiones durante las invasiones británicas. Posteriormente, las máximas autoridades españolas de la Península no encontraron responsabilidad en él.

(14) Archivo Histórico Nacional de Madrid (en adelante AHNM), sección Nobleza, fondo Mendigorria, caja 9, doc. 50, «Carta de José de Córdova y Rojas a su madre». Buenos Aires, 12 de septiembre de 1808.

(15) Cfr. SIERRA, Vicente: *Historia de la Argentina. Fin del régimen virreinal e instalación de la Junta de Mayo de 1810 (1800-1810)*, t. III. Unión de Editores Latinos, Buenos Aires, 1960, p. 143.

el capitán De la Concha quien condujo al jefe vencido ante Santiago de Liniers.

Durante la segunda invasión británica, Gutiérrez de la Concha participó, nuevamente, en la acción militar de la plaza del Retiro, pero con unas características nada parecidas a la precedente, tanto por los efectivos participantes como por el final poco feliz que obtuvo. En palabras de Héctor Ratto, el del Retiro fue uno de los más sangrientos e impetuosos ataques llevados a cabo por los invasores, donde 400 marineros resistieron la furiosa acometida de 3.000 enemigos. Ya sin auxilio alguno de los vecinos, y tras la pérdida de más de la mitad de los efectivos, De la Concha decidió la entrega de la plaza (16).

Aquella lucha encarnizada duró más de tres horas y dejó el triste saldo de un elevadísimo número de víctimas para los españoles y no pocas bajas para los británicos (17). El comandante Liniers informó de que al capitán De la Concha le impactó una bala en el sombrero y de que sufrió una contusión en la espalda provocada por otra de rebote, pero el Cabildo de Buenos Aires criticó dicho parte, entre otras cosas porque elevaba la figura del capitán pese a la cantidad de errores que, según ellos, cometió (18). La existencia de una rivalidad muy grande entre el Cabildo y la facción de Liniers, a la cual perteneció De la Concha por una amistad consolidada y por la afinidad hacia las ideas que ambos defendían, fueron sin duda causas que influyeron en el pensar y en el sentir del Cabildo.

Nuestra conclusión es que el marino cántabro tuvo que vérselas, como comandante en jefe del combate más duro y desventajoso de toda la segunda invasión a Buenos Aires, con un enemigo integrado por militares veteranos al mando de oficiales prestigiosos. Cuando Liniers solicitó el ascenso de su camarada, hizo alusión tanto a sus méritos y servicios durante la defensa como al motivo de la suspensión de su viaje a Córdoba al haber sido designado gobernador intendente para quedarse a defender Buenos Aires (19).

(16) RATTO, Héctor: *Hombres de mar en la historia argentina*. Biblioteca del Oficial, Círculo Militar, Buenos Aires, 1934, p. 86. La cantidad de efectivos que participaron en la batalla varía según los autores consultados. Nosotros tomamos las cifras brindadas por DESTÉFANI, Laurio, fruto del análisis de documentos y variedad de pareceres de los diferentes historiadores. Destéfani manifiesta que las fuerzas atacantes contaron con un total aproximado de 1.400 hombres. Cfr. «La cuarta invasión inglesa y la defensa de Buenos Aires (1807)», en *Historia marítima argentina*, t. IV. Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires, 1984, p. 377. Liniers, sin embargo, en su «parte de guerra al Príncipe de la Paz» de 31 de julio de 1807, manifestó que fue atacada la plaza por más de 2.000 hombres.

(17) Los primeros tuvieron 245 bajas, entre ellas 80 muertos, 144 heridos y 21 extraviados, mientras que los británicos sumaron 200 bajas: 58 muertos, 128 heridos y 14 desaparecidos.

(18) Véase documentación al respecto en el Archivo General de la Nación Argentina (en adelante AGNA), Cabildo de Buenos Aires, archivo marzo/mayo, 1808. Citado por WILLIAMS ÁLZAGA, Enrique: *Martín de Álzaga en la reconquista y en la defensa de Buenos Aires (1806 y 1807)*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1971.

(19) AGNA, «Invasiones Inglesas. Solicitudes, propuestas, nombramientos», libro 8, hojas 386-391.

Por las acciones llevadas a cabo, y después de treinta y cinco años al servicio de la Corona, Gutiérrez de la Concha alcanzó, tras la reconquista, el grado de capitán de navío y, posteriormente, el de brigadier (20).

Córdova y Rojas, por su parte, actuó durante las invasiones muy cerca de ambos comandantes en determinadas ocasiones (21). Después del consejo de guerra en Montevideo, donde se establecieron los preparativos para reconquistar Buenos Aires, desempeñó el cargo de mayor general del Ejército. Comentamos anteriormente que fue él, junto a una compañía veterana, uno de los que penetró en el fuerte ocupado por Beresford para exigirle la rendición. Se dice que ante la pregunta del comandante inglés de que quién respondería por su vida, respondió Córdova que lo haría él con la suya. Conforme Beresford, abandonó el fuerte para rendirse ante Liniers.



Trofeo de la defensa de Buenos Aires en 1807. Bandera perteneciente al Regimiento Green de Santa Elena. Córdoba, Argentina.

Después de la reconquista de Buenos Aires, se trasladó a Montevideo y allí participó en todas las acciones de defensa ante los británicos, incluida la terrible salida del 20 de enero de 1807, a la cual se ofreció voluntariamente. En esta última acción, tres columnas y una vanguardia de 2.300 hombres, bajo las órdenes del brigadier Bernardo Lecocq, fueron emboscadas por los británicos en el paraje conocido como El Cardal, produciéndose una verdadera carnicería dado el factor sorpresa utilizado por el enemigo. Gracias a esta victoria, los atacantes alcanzaron los arrabales de la ciudad, defendida ahora por el brigadier Ruiz Huidobro (22), y la sitiaron. Montevideo pereció, pero Córdova no cayó prisionero; logró regresar a Buenos Aires, para ponerse inmediatamente a las órdenes de sus superiores. El capitán de navío De la Concha lo eligió como ayudante y secretario interino.

(20) En honor de los vencedores de aquellas jornadas memorables se acuñó en Buenos Aires una medalla de plata, con un dibujo alusivo y una inscripción que decía: «A los defensores de su Rey y de su Patria Liniers, Concha y Lasala, Buenos Aires defendida, 5 de julio de 1807».

(21) La participación de Córdova y de Rojas durante las invasiones británicas está muy bien explicada en PESADO PALMIERI, Carlos: *op. cit.*, pp. 352-354.

(22) POZZI ALABORNOZ, Ismael (dir.): *Episodios militares de nuestra historia. 1807: Defensa de Buenos Aires*, vol. 2. Nueva Militar Argentina, Buenos Aires, 2006, p.13.

La razón por la cual no se halló en el combate del Retiro, donde se encontraron casi todos los miembros de la Armada al mando de Gutiérrez de la Concha, es porque estuvo bajo las órdenes directas del propio Liniers. Igualmente se destaca que se halló en el fuerte dirigiendo los fuegos de la artillería «con la mayor serenidad y acierto».

Lamentablemente, tuvo la mala suerte de ser olvidado por sus superiores en las primeras recomendaciones de ascenso, por un descuido «burocrático»; pero luego Santiago de Liniers, para enmendar el error, remitió a la superioridad una elevada recomendación donde decía que Córdova era uno de los oficiales sobresalientes del apostadero, hombre de heroico valor y de toda su confianza, calificando su acción como de una las más distinguidas e interesantes (23). Sus méritos en la reconquista y en la defensa de Buenos Aires le hicieron acreedor del ascenso a capitán de fragata.

Familias en la borrasca

Nuestros marinos fueron hombres que encontraron en sus familias el auténtico sostén emocional y la contención en los momentos de prueba y sacrificio, sin que por ello dudasen un instante en empeñar la felicidad personal y la de los suyos en pro del cumplimiento del deber.

Hacia 1810, Gutiérrez de la Concha y Liniers residían en la intendencia de Córdoba del Tucumán; el primero, en calidad de gobernador intendente, y el segundo, con autorización para vivir allí, luego de sucederle Baltasar Hidalgo de Cisneros como titular del virreinato del Río de la Plata. Mientras, Córdova y Rojas estaba de campaña en las provincias altoperuanas, junto al mariscal Vicente Nieto, por directiva del nuevo virrey, para terminar con el clima conspirativo y de desconfianza que reinaba en las principales plazas virreinales.

En el aspecto familiar, los tres se casaron y fueron padres de numerosos hijos, pero con situaciones distintas. Santiago de Liniers tuvo la fatalidad de enviudar en dos ocasiones. En 1783, contrajo matrimonio con Juana de Menviel, mujer malagueña de origen francés, madre de su primogénito, Luis, la cual murió siete años más tarde; y en 1791 se casó nuevamente con una criolla de reconocida familia, María Martina de Sarratea, a la que calificó como «la mujer más maravillosa que, durante catorce años de matrimonio, fue toda mi consolación y felicidad» (24). Fue la madre de sus otros siete hijos, pero la vida lo puso nuevamente a prueba cuando, en 1805, falleció a consecuencia del parto de su última hija.

(23) AHNM, *ibidem*, caja 17, doc. 155. Carta fechada en Buenos Aires el 14 de septiembre de 1808.

(24) DU ROURE, Louis: *Santiago de Liniers, virrey del Río de la Plata, conde de Buenos Aires, a través de su correspondencia familiar*. Carta de Santiago de Liniers a sus hermanas. Buenos Aires, 15 de marzo de 1808. Prólogo, traducción y edición de Javier de Liniers. España, 2010, p. 142.

En carta a sus hermanas daba cuenta de cómo se constituía su familia y la situación en la que se encontraba hacia 1808: Luis era el mayor, y el único hijo de su primer matrimonio; con su segunda esposa tuvo a María, que contaba en ese entonces con dieciséis años y estaba prometida con su ayuda de campo, Perichon de Vandevil, y luego seguían Enriqueta, Juan, José, Santiago, Tomás y Dolores. Según comenta, los dos últimos vivían con su tía materna, que era la esposa del gobernador de Paraguay. Sólo tenía a su lado a María, Enriqueta y Luis, dado que los otros tres hijos se encontraban en una academia de la región (25).

El brigadier Gutiérrez de la Concha se casó en varias ocasiones (26), pero fue la criolla Petrona Irigoyen de la Quintana (27) quien sería la madre de sus cuatro hijos. En los momentos cruciales, acompañó a su esposo hasta su trágico final y fue tal su calvario que no pudo perdonar ni evitar el odio hacia sus propios paisanos, aquellos que la hicieron viuda y dejaron a sus hijos huérfanos. A sus pequeños, futuros «grandes de España» (28), los crió en la Península, lejos de la tierra que los vio nacer.

Del capitán Córdova y Rojas podemos mencionar que se casó el 4 de mayo de 1796 con María de la Paz Valcárcel y O'Conrry, futura primera marquesa de Mendigorria y vizcondesa de Arlaban (29). Padres de ocho hijos, vivieron en el Río de la Plata, entre Montevideo y Buenos Aires. En este último destino estuvieron principalmente de agosto de 1807 a septiembre de 1809, hasta que a inicios del mes siguiente Córdova dejó a su familia para ponerse en campaña hacia el noroeste, sin saber que nunca más volvería a verla.

(25) *Ibidem*, pp. 144 y 145.

(26) Existe constancia documental de su enlace matrimonial con las criollas María de Aguirre y Rosa Quintana y Aoiz, en 1797 y 1801, respectivamente. En el AGM únicamente se refleja la documentación del permiso para su primer matrimonio. El segundo enlace consta en el registro 6.437 de la catedral de Buenos Aires, mientras que su matrimonio definitivo con Petrona Irigoyen figura en el núm. 6.584.

(27) Natural de Buenos Aires y miembro, por vía paterna, de una de las familias que más se identificó con la revolución. Hija de Francisca de la Quintana y Riglos y del capitán de la Real Armada Ignacio de Irigoyen y Echenique, natural de Azpilcueta, Navarra, fundador de la familia argentina de los «Irigoyen».

En el Archivo General Militar de Segovia (AGMS) se encuentra parte del expediente personal de Gutiérrez de la Concha, donde existen documentos de Petrona Irigoyen expresivos de los certificados de matrimonio, junto a otros papeles muy importantes, fueron confiscados por la Junta Revolucionaria de Buenos Aires en 1810. AGMS. Personal-Célebres, 14G, exp. 1.

(28) El mayor, Juan, fue ministro plenipotenciario y representante de España en varias cortes extranjeras; Manuel alcanzó el título nobiliario de marqués del Duero por su heroica acción en las guerras carlistas de mediados del siglo XIX, así como la condición de grande de España y de capitán general del Ejército; José fue gobernador de Cuba en momentos críticos, alcanzando el título de marqués de La Habana, grande de España y capitán general del Ejército.

(29) Título de Castilla concedido en septiembre de 1845 para honrar la memoria de su hijo, el teniente general Luis Fernández de Córdova, militar de prestigio en la primera guerra carlista. Nacida en San Fernando, Cádiz, era hija del jefe de escuadra Adrián Valcárcel, caballero profeso de la Orden de Santiago y reputado en la Armada por ser honrado y valiente marino, según palabras de PAVÍA, Francisco de Paula: *op. cit.*, t. III, pp. 731 y 732.

A lo largo de esos meses, tuvo una relación epistolar muy importante con su esposa y con sus padres, en la que describió el sacrificio y los males de la campaña, la geografía que se iba abriendo ante sus ojos y las posibilidades de victoria que creía vaticinar. El historiador argentino Carlos Pesado Palmieri comenta que le aguardaron jornadas extenuantes, pueblos miserables, enfermedades por doquier y su derrota total en Suipacha, que le llevó al posterior patíbulo a 4.000 metros de altura en el Potosí español. Escribió a su mujer referencias sobre los lugares que recorrió en largas y penosas jornadas, con oscilaciones climáticas extremas, diezmada la tropa por enfermedades que también aquejaron a jefes y oficiales e hicieron lentos los avances (30).

Su mujer resultó ser su verdadera confidente. En ese plano intimista que supone la correspondencia entre esposos, donde la confianza se impone al secreto y lo privado fluye espontáneo y sincero, observamos una preocupación constante del marino por su familia. Los temas son variados: su cariño por los hijos y los obsequios que les manda, regaños a su mujer y súplicas, compras, regalos que recibe, dinero que reúne y envía, dificultades económicas que no puede salvar, y hasta la previsión de qué vender y qué no ante las estrecheces que pasa su familia, lo que sin duda le ha hecho saber su mujer. Y, por otro lado, lo concerniente a la realidad de la campaña y hasta ciertas críticas hacia su superior, el mariscal Nieto, por sus conocidas arbitrariedades y violencias, pese a ganar con él distinciones y reconocimientos.

Es importante remarcar, como veremos más adelante, que el movimiento revolucionario puso en jaque la estabilidad de las familias, constituidas principalmente por peninsulares y criollos. La Junta de Buenos Aires recurrió primeramente a esa ligazón fundamental de aquellos oficiales de Marina casados con criollas que estaban al frente de los focos contrarrevolucionarios. No sirve como ejemplo Córdova y Rojas, dado que su esposa era peninsular, pero sí es el caso de las de Liniers y De Concha. De estos dos observaremos cómo sus familias políticas, comprometidas activamente con el cambio e influenciadas por la Junta Revolucionaria, se movilizaron para convencerles, sin obtener resultados positivos.

La ruptura familiar se hizo totalmente evidente en el caso de la esposa de Gutiérrez de la Concha, la cual llegó a aborrecer a sus propios paisanos. Pese a que su marido fue fusilado en agosto de 1810, ella no tuvo dicha confirmación hasta pasados varios meses, creyendo en un inicio que había sido embarcado hacia el destierro.

Petrona Irigoyen debió marcharse de Córdoba del Tucumán después de que la Junta confiscara todos los bienes de su esposo, y se alojó en Buenos Aires con sus hijos. Es en 1811 cuando le confirman la ejecución de su marido, y así se expresa en una carta a su apoderado en Córdoba, Mariano Lozano, el 13 de septiembre de ese mismo año:

(30) PESADO PALMIERI, Carlos: «José de Córdova y Roxas», en MARCO, Miguel Ángel de, y MARTIRÉ, Eduardo (coords.): *Revolución en el Plata. Protagonistas de mayo de 1810*. Academia Nacional de la Historia de Argentina, Buenos Aires, 2010, p. 145.

«Mi amadísimo hermano:

ya se habrá hecho cargo de cómo estaré, pues está mi espíritu con tal abatimiento para todo, que hace tiempo que me escribió Bustamante que le diera órdenes sobre lo que nos tiene, y todavía no he escrito una letra, sí hermano mío, en este triste estado me han puesto sus crueles paisanos pues siento que V.M. sea americano, pues hasta pagan justos por pecadores, y mi dolor es tener hijos nacidos en este bajo suelo, el que detesto con todo mi corazón, pues me han hecho la más infeliz del mundo entero, por haberme quitado lo que adoraba y que hacía mis días felices y el mejor padre de mis hijos (...)

(...) no tengo más esperanzas hacia estos inocentes desgraciados [sus hijos], sino que la España no se pierde y allí tendrán siquiera con qué ponerlos en carrera (...)

Quizá sea una de las cartas más emblemáticas del dolor de una mujer que acaba de enterarse de la trágica muerte de su esposo, situación que le lleva a renegar de parte de su familia y hasta de su propio origen.

Más conocida, sin embargo, es la carta de Santiago de Liniers a su suegro, Martín de Sarratea, luego de que este intentase disuadirle de intervenir en contra de la revolución. Esta epístola, de julio de 1810, ha sido publicada varias veces y es considerada por muchos el testamento político de aquel gran marino español. He aquí algunos fragmentos de la misma:

«No puedo ponderarle a Vuestra Merced, mi querido padre, el sentimiento que me ha causado el verle alucinado por los falsos principios de unos hombres que, olvidando los principios más sagrados del Honor, de la Religión y de la Lealtad, se han levantado contra el Trono, contra la Justicia y contra los Altares (...)

(...) ¿cómo siendo yo un general, un oficial quien en treinta y seis años he acreditado mi fidelidad y amor al soberano, quisiera Ud. que en el último tercio de mi vida me cubriese de ignominia quedando indiferente en una causa que es la de mi Rey; que por esta infidencia dejase a mis hijos un nombre hasta el presente intachable con la nota de traidor?

(...) El que me ha precavido en tantos peligros [en alusión a Dios], me precaverá en los presentes, si así me conviene y es arreglado a su justicia; pero si por sus altos decretos hallase en esta contienda el fin de mi agitada vida, creo que me tendría en cuenta (...) proveerá a la subsistencia de mis hijos, los que podrán presentarse en todas partes sin avergonzarse de deber la vida a un padre que fuese capaz por ningún título de quebrantar los sagra-

(31) Carta de Petrona Irigoyen de la Quintana a Mariano Lozano. San Isidro (Buenos Aires), 13 de septiembre de 1811. En CABRERA, Pablo: «Ulterioridades del drama de Cruz Alta», en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, núms. 9 y 10. Córdoba, año XVII, noviembre-diciembre de 1930, p. 184.

dos vínculos del honor, de la lealtad y del patriotismo y que si no les deja caudal, les deja a lo menos un buen nombre y buenos ejemplos a imitar» (32).

Es en esa misma carta donde finaliza solicitándole a su suegro que difunda «a todo el mundo» cuál era su manera de pensar, para que a nadie le quedasen dudas sobre su sentir y su fidelidad.

Pero la situación fue delicada; los adversarios muchas veces se encontraron vinculados por la sangre, por la propia familia, sufriendo, con el conflicto, la dispersión de los hogares y el dolor por la persecución de los seres queridos.

En tiempos de revolución

Sin duda se estaba asistiendo a un tiempo nuevo: el de la búsqueda indiana de la mayoría de edad, la autonomía, la valoración de los americanos de «aquí», en desmedro de los peninsulares de «allá»; entonces, la historiografía tradicional rioplatense nos habló de patriotas cuando se refería a los criollos, como si el concepto de patria fuese privativo a dicho grupo y sus adeptos y los del otro bando hubiesen carecido de dicho valor. Y, por el contrario, los opositores fueron los contrarrevolucionarios, los «realistas», pese a que fueron ejecutados, como en el caso de nuestros tres marinos, por una Junta de Gobierno que enarbó orgullosa el estandarte de los derechos de S.M. Fernando VII, o por lo menos eso era lo que decía.

Lo cierto es que, en ese estado de cosas, donde los vientos de cambio revuelven todo, la situación fue confusa y poco estable, los héroes de ayer pasaron a ser enemigos públicos del Estado, la ruptura no permitió vuelta atrás, los hermanos y las familias se posicionaron en diferentes bandos, el vaivén de las lealtades fue moneda de cambio, y una realidad política distinta se tejió y desplegó desde la capital del virreinato.

A finales de mayo de 1810 llegaron a Córdoba las novedades de Buenos Aires y los pliegos del exvirrey Cisneros para el gobernador y para Liniers. Ante la gravedad de las noticias traídas, la reacción se puso en marcha. Según Américo Tonda, Gutiérrez de la Concha, hombre de carácter firme, decidido y aun autoritario, afrontó la prueba crucial con gallarda apostura (33).

En las diferentes reuniones organizadas, todos acordaron mantener a las autoridades hasta que se supiese de la total pérdida de España, o hasta que las demás provincias del virreinato se pronunciasen. Se resolvió transmitir las novedades al resto de las ciudades, pero estimulándolas a no prestarse a la sumisión de Buenos Aires mientras no se recibiesen noticias más seguras. Los

(32) Extractos de la carta de Santiago de Liniers y Bremond a Martín de Sarratea. Córdoba del Tucumán, 10 de julio de 1810. Publicada íntegramente en DU ROURE, Louis: *op. cit.*, pp. 154-157.

(33) TONDA, Américo: *El obispo Orellana y la revolución*. Junta Provincial de Historia de Córdoba, Córdoba, 1981, p. 61.

nuevos datos fueron desalentadores, y el 4 de junio el gobernador convocó apresuradamente a otra reunión para establecer definitivamente una postura. Respondiendo a la conducta que marcó toda su vida, tomó partido por la fidelidad a las autoridades peninsulares.

La Junta de Buenos Aires intentó disuadir a estos militares prestigiosos de manera pacífica, pero sin dejar de indicarles que de lo contrario el gobierno constituido reprimiría toda reacción. Se cursaron cartas y pliegos cuidadosamente trabajados para ganar sus voluntades (34), pero tanto el gobernador como el exvirrey asumieron como inexcusable deber el juramento de lealtad a la Regencia establecida en Cádiz.

Sobre la naturaleza de lo que, en uno u otro bando, se consideraba lealtad, no todos los marinos coincidieron; observamos el ejemplo de peninsulares partidarios de la Junta del Plata, como el gaditano jefe de escuadra Ruiz Huidobro, y el de americanos que obedecieron a la Central, como el venezolano Michelena (35).

El proyecto de resistencia que se llevó a cabo en la intendencia de Córdoba fue el pergeñado por De la Concha. Consistía, básicamente, en concentrar los efectivos disponibles en la gobernación y en las regiones vecinas, para luego adiestrarlos en el manejo de las armas, apresurando la marcha de las tropas que se concentrarían en el Alto Perú, cuyo objetivo sería reforzar los efectivos cordobeses. En caso de no poder resistir en la ciudad, se replegarían hacia Jujuy, en el actual noroeste argentino. Las fuerzas reunidas sumaron alrededor de 3.000 hombres, bien provistos de armamento y municiones así como de elementos de movilidad, pero con graves carencias en la práctica (36).

Sin embargo, en poco tiempo sólo quedaron 400 efectivos. Sin dar batalla, fueron derrotados por la simple noticia de la expedición enviada desde Buenos Aires, novedad utilizada por ciertos oficiales, en connivencia con la Junta, para estimular la desertión. Ante esa situación, se decidió abandonar la ciudad, para no aventurar batalla en ella ni dar motivo al saqueo. El 27 de julio, resolvieron dirigirse al Perú para reunirse con las tropas del gobernador de Potosí, Francisco de Paula Sanz. Con ellos fueron el obispo Orellana, contados funcionarios y demás personas aptas (37); pero era difícil cumplir

(34) Las personas que desempeñaron tan delicada tarea fueron seleccionadas, como mencionamos anteriormente, por su relación directa con los protagonistas. Mariano de Irigoyen, cuñado del gobernador, se trasladó a Córdoba con cartas de Cornelio Saavedra, jefe del regimiento de patricios y presidente de la Junta, pero fueron vanas las recurrencias realizadas al parentesco y a la buena relación que mantenía con De la Concha. Tampoco fueron oídas las exhortaciones de Martín de Saratea, suegro de Liniers, las reflexiones de Francisco de Letamendi o los consejos de Manuel Belgrano.

(35) GUILLÉN, Julio: *La independencia del Plata en los papeles del Archivo de Marina*. Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1960, p. 4.

(36) BIDONDO, Emilio: *La expedición de auxilio a las provincias interiores (1810-1812)*. Círculo Militar, Buenos Aires, 1987, p. 242.

(37) El gobernador Concha se despidió con marcada emoción de sus hijos, el último nacido hacía pocos días, y de su esposa, afirmándole a esta que «ni en presencia de la muerte renegaría de su Patria», respondiéndole ella: «pues mantén tu resolución sin que en ella te quebrante la memoria de tus hijos y de tu mujer»: Cfr. PAVÍA, Francisco de Paula: *op. cit.*, p. 137.

el proyecto inicial ante la falta de colaboración de las demás ciudades, la propaganda de desprestigio desde Buenos Aires, las deserciones y la presencia de sabotadores.

Huyeron hacia el norte por caminos separados, acompañados por aquellos oficiales que no quisieron abandonarlos pese a tener su permiso, pero las tropas de Buenos Aires dieron con ellos y cayeron prisioneros. La pena capital no se hizo esperar; muchos interpretan que fue un sacrificio no querido, pero necesario, el «castigo ejemplar» de la revolución. Sin embargo, hubo también oficiales del bando revolucionario que se opusieron a esta medida al punto de desacatar las órdenes. Tal fue el caso de Ortiz de Ocampo (38), comandante de la expedición bonaerense, que debía fusilar a aquellos cabecillas contrarrevolucionarios. Pese a que estas ejecuciones se creyeron imprescindibles, la mayor parte de la historiografía moderna remarcó lo injusto de la medida, calificándola de impolítica e inútil.

Junto al gobernador-intendente Juan Gutiérrez de la Concha y al exvirrey Santiago de Liniers, fueron pasados por las armas, el 26 de agosto de 1810, el asesor Victorino Rodríguez, el coronel Santiago Alejo de Allende y el contador Joaquín Moreno, salvándose Orellana por su condición de obispo. El lugar elegido para consumar la pena fue un monte llamado de los Papagayos, en Cabeza de Tigre, en las proximidades de Cruz Alta, jurisdicción de Córdoba.

La paradoja es que fueron condenados por el delito de traición, cuando fueron fervientes defensores durante toda su vida del Rey y de su Patria.

Similar destino tuvo el capitán de fragata José de Córdova y Rojas, pero con una historia distinta. En mayo de 1810, en momentos del alzamiento revolucionario, ostentaba el cargo de mayor general del Ejército, confiado por Nieto a finales del año anterior. Sin embargo, hacía tiempo que no se encontraba a gusto en dicha comisión y ansiaba su relevo, pese al riesgo de perder la carrera y la posición lograda.

En el norte, los enfrentamientos se radicalizaron a partir de las nueve ejecuciones «contrarrevolucionarias» del 29 de enero en La Paz (39). Fue entonces que, en el decir de Pesado Palmieri, «los acontecimientos se precipitan, los pueblos se sublevan, las lealtades defecionan, la impiedad se generaliza y los hombres, como las hojas del otoño, son llevados por el viento de las pasiones de un extremo al otro de sus propios límites entre la cordura y el desvarío» (40).

(38) Desde aquel día, el comandante Ortiz Ocampo cayó en completo descrédito revolucionario, declarándosele como inepto, cayendo sobre él denuncias y todo tipo de ofensas, negándosele cuanto pedía; ese fue el precio que debió pagar por actuar con piedad y lealtad militar hacia quienes habían sido sus jefes de antaño, en los días de gloria contra el invasor inglés.

(39) Los ajusticiados fueron Murillo, Catacora, Bueno, Jiménez, Graneros, Figueroa, Jaén, Lanza y Sagárnaga. En un bando de 23 de junio de 1810, Nieto anticipó el horror de lo que sería la guerra civil diciendo que se matarían, unos a otros, los padres, hijos, parientes y amigos.

(40) PESADO PALMIERI, Carlos: «José de Córdova y Roxas», p. 146.



Monte de los Papagayos, lugar donde fueron fusilados Liniers y Gutiérrez de la Concha.

Las tropas de la Junta conformaban la denominada «expedición de auxilio a las Provincias Interiores». El comandante Ortiz de Ocampo fue reemplazado por González Balcarce por desobedecer la orden de fusilamiento de Liniers y Concha. Luego de someter el foco contrarrevolucionario en Córdoba del Tucumán, se dirigieron a marcha forzada hacia el norte, para actuar contra las cuatro intendencias del Alto Perú.

La vanguardia del ejército virreinal, al mando de Córdova y Rojas, se encontraba en Santiago de Cotagaita. Fue allí donde, el 27 de octubre, se enfrentaron ambos bandos sin resultados decisivos, pese a que Córdova le comunicó a Nieto que no dudaba de la victoria futura. Por la tarde, los insurgentes fueron rechazados y varios de aquellos soldados se pasaron al «ejército realista». Aquella situación motivó, seguramente, que el mariscal Nieto, quien había arribado a Cotagaita con sus tropas de reserva, formara de inmediato un cuerpo escogido de 800 hombres al mando de nuestro marino gaditano. La orden fue clara: batir al enemigo donde se le encontrara.

El 7 de noviembre de 1810 se libró la batalla en Suipacha, en la actual Bolivia, donde fue completamente derrotado el ejército de Córdova y Rojas. El desorden invadió a su tropa y en la huida se perdió cuanto poseían, logrando llegar a Cotagaita sólo 250 hombres montados, entre los que estaba nuestro marino.

MARINOS FUSILADOS EN TIEMPOS DE LA REVOLUCIÓN RIOPLATENSE

Las fuerzas de González Balcarce no tardaron en apresarle, tanto a él como al mariscal Vicente Nieto y al gobernador de Potosí, Francisco de Paula Sanz. Estuvieron prisioneros durante un mes, pero la presencia de Juan José Castelli, quizá el representante más jacobino de la Junta de Buenos Aires y uno de los verdugos que hizo cumplir los fusilamientos de Liniers y Concha, ya presagiaba lo peor. Los reos fueron enjuiciados y condenados a muerte por el delito de «alta traición, usurpación y perturbación pública, hasta con violencia y mano armada».



Batalla de Suipacha. Litografía de Nicolás Grondona.

El capitán de fragata José de Córdova murió fusilado en la plaza de Potosí el 15 de diciembre de 1810, con la particularidad de ser colgado, ya difunto, en la horca. Durante sus treinta y seis años de edad, sirvió veintitrés al rey y a la patria, por lo cual murió; participó en 29 acciones de guerra, y realizó con responsabilidad una última comisión más acorde a militares de uno o dos grados más que el que él detentaba, según decían sus propios superiores.

Pavía lo calificó de bravo marino, destacando su valor sereno y su desprendimiento por la vida en los últimos momentos de su existencia; pero al finalizar la noticia biográfica de Córdova y Rojas prefiere hacer mención de los tres marinos del presente artículo diciendo que sus nombres ocuparán siempre un lugar distinguido en los anales de la Marina española, como ejemplos de lealtad y patriotismo (41).

(41) PAVÍA, Francisco de Paula: *op. cit.*, t. I, pp. 373-376.

Hombres de honor, supieron actuar con aristocracia y fidelidad, características propias de la Marina de su tiempo. Todo lo dieron por el cumplimiento del deber, sin tener en cuenta ni los riesgos ni los sacrificios, arriesgando la felicidad de su familia y su propia existencia en aras de una causa que para ellos era justa y correcta. Por esto sus nombres figuran indelebles en el lugar que tiene reservada la Armada española para sus hombres arquetípicos, el Panteón de Marinos Ilustres de Cádiz, una especie de «Olimpo militar» que tienen bien merecido.

Resumen

A partir de 1810, el Río de la Plata vivirá tiempos de convulsión. La búsqueda criolla de cambios políticos que asegurasen la autonomía de gobierno atentarán contra el *statu quo* de la región y será el caldo de cultivo aprovechado por ciertos sectores para imponer el camino hacia un logro aún mayor: la lucha por la independencia.

Fue en ese estado de cosas en el que la Real Armada se desarrolló como la principal defensora de los derechos de S.M y sus representantes. Oficiales de Marina fueron los que se pusieron a la cabeza de los primeros y principales focos de oposición a la Junta Revolucionaria que se alzó en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810. El presente artículo reseña la vida de tres grandes oficiales de Marina que se destacaron al frente de la contrarrevolución: el jefe de escuadra y exvirrey Santiago de Liniers y Bremond, el brigadier y gobernador intendente de Córdoba del Tucumán Juan Gutiérrez de la Concha, y el capitán de fragata José de Córdova y Rojas.

La particularidad es que, en esa lucha que se volvió fratricida, nuestros protagonistas tuvieron que lidiar con sus propias familias, pasando de héroes, por sus acciones durante las invasiones británicas, a traidores y enemigos públicos del Estado en apenas tres años. Sus ejecuciones resultaron significativas y fueron una demostración de castigo ejemplar llevado a cabo por la Junta de Buenos Aires. El trabajo resulta, entonces, una reseña de su proceder y de su entrega, además de un homenaje, en el bicentenario, de su sacrificio y lealtad. Agosto y diciembre de 1810 fueron meses donde la sangre llegó al río, y ya nada sería igual en el largo camino hacia la independencia rioplatense.